



La caridad de los católicos

¡Cómo muchas veces se extasían las gentes ponderando la caridad de los protestantes!

De tarde en tarde la prensa nos cuenta que algún lord ha legado unos centenares de dólares para alguna fundación filantrópica.

La prensa bate palmas y llena sus primeras columnas colmando de elogios al lord generoso.

Hay quienes después de colmar de alabanzas al lord, se preguntan inoportunamente: ¿qué hacen los católicos? ¿dónde esconden su dinero? ¿y su caridad?

Los católicos, señores míos, dan más, mucho más que los protestantes; los católicos dan más que entre todos los seguidores de otras religiones, y mucho más que los que no tienen ninguna.

Pero los católicos tienen mandado que no sega la izquierda lo que hace la derecha; los católicos hacen el bien ocultamente, dulcemente, sin el ruido de la vanidad humana, sin la vanagloria del mundano que da; sin la ostentación antievangélica, que al mismo tiempo es humillación del que recibe.

Además los católicos dan todos, conforme a sus fuerzas, de modo que entre ellos es una virtud común, general que no llama la atención. Solamente los malos católicos no tienen caridad.

¿Cuánto dan los católicos?

¡Quién podrá determinarlo!

¿Cuánto dan las Conferencias de S. Vicente de Paul?

¿Cuánto las Hermanas de la Caridad?

¿Cuánto los Hermanos de San Juan de Dios?

¿Cuántas miserias remedian los Benedictinos, Franciscanos, Dominicos, Jesuitas, Lazaristas, Redentoristas, Misioneros, Salesianos, Maristas, Concepcionistas, Hermanas de los pobres desamparados, Carmelitas, etc.?

¡Qué pléyade de obreros de la caridad!

¡Qué legiones de Angeles!

Los católicos dedican su dinero y sus vidas al prójimo.

Cuando no tienen que dar se dan ellos mismos.

Los protestantes cuando mueren dejan los dineros... que muchas veces robaron a los pobres; los católicos, por el contrario, dan durante su vida y dan... hasta el corazón.

L. Almarcha.

La Virgen del Rosario

Las puertas del templo ábrense dos veces al día: la primera cuando apunta la aurora por Oriente y la ciudad comienza a entreabrir sus ojos y desahogarse sus miembros, preparándose para el trabajo. La iglesia convida a elevar al Altísimo preces de gratitud por haberlas concedido concedido contemplar de nuevo el sol que alumbró un día más de nuestra vida y nos llama con sus lenguas de bronce para asistir al sacrificio perenne que sobre sus altares ofrece en todo el mundo al Padre Eterno, y nos invita a tomar la refacción del espíritu, unidos todos, como hermanos que somos, en la mesa del Padre familiar; por la mañana, el templo se abre para que oigamos Misa y comulgemos. Marcha después cada cual a su trabajo y el templo entorna sus puertas, aguardando que terminemos.

Es a la caída de la tarde, cuando el sol terminada su carrera ocúltase por Occidente; el día, como cansado del incesante laborar nuestro, ríndese poco a poco, como el que no tiene fuerzas ni para caer; la noche, que hizo Dios para el reposo, avanza lenta, proclamando el fin del afán y la hora del descanso. Entonces el templo abre de nuevo sus puertas para despedirnos antes que nos recojamos en nuestras casas para recobrar fuerzas para la lucha del día siguiente. Suenan otra vez sus campanas, con su ritmo suave, convocando a todos.

Dentro, un sacerdote vestido de blanco, salmodia con el pueblo las dulces oraciones aprendidas en la infancia, que suenan como cascadas de perlas desprendidas de un ergarce. Es el Santo Rosario; las alabanzas de Nuestra Señora, que meditamos todos en sus quince misterios, compendio de toda nuestra fe, mientras nuestros labios recitan la sublime oración del Padre Nuestro y la suave oración del Ave María.

Olvidanse allí las penas de la ruda labor; serenánse las tempestades que el viento del día levantó en el alma y el espíritu descansa contemplando en visión celeste al Hijo de Dios hecho hombre en el regazo de su Madre bendita; considera el vivir de los dos misterios gozosos; compara las penas propias con aquellas que medita en los dolorosos y se consuela; piensa en el triunfo de la Madre y del Hijo en los gloriosos; y espera confiado que la muerte cierre sus ojos a esta luz caduca para abrir los del alma a la lumbre del cielo.

Rezad el rosario.

Meditad el rosario.

Amad el rosario; quién ama el rosario, ama a María.

Para el mes del Rosario

Ten confianza en la Virgen

Textos de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia

Tu eres la esperanza única de los pecadores, porque por ti esperamos perdón de todos los delitos.—*San Agustín.*

Yo no tengo confianza más que en ti, oh Virgen purísima.—*San Efrén.*

¡Oh Purísima! nadie se libra de males sino por ti. ¡Oh Santísima! nadie consigne la salvación sino por ti! ¡Oh Castísima! nadie logra ninguna gracia sino por ti. ¡Oh Venerabilísima! nadie obtiene misericordia sino por ti!—*San Germán.*

¿Por qué ha de temblar la fragilidad humana de acercarse a María? Nada hay en ella austero, nada terrible! toda es suave.—*San Bernardo.*

¡Feliz confianza! ¡feliz refugio! La Madre de Dios es madre nuestra. Así, pues, con cuánta certeza no deberemos esperar, puesto que nuestra salvación depende del arbitrio de un buen Hermano y de una Madre piadosa?—*San Anselmo.*

¡Oh María, llena de unción de misericordia! ¡llena de óleo de piedad!—*San Buenaventura.*

Si no quieres ser envuelto de la tempestad mira a la estrella, invoca a María.—*San Bernardo.*

En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María; no se aparte de tus labios, no se aparte de tu corazón. Si ella te protege, no temas.—*San Bernardo.*

¿Quién no espera en ti, si ayudas aun a los desesperados?—*San Bernardo.*

Hijos míos, esta es la escala de los pecadores, esta mi mayor confianza, esta toda la razón de mi esperanza.—*San Bernardo.*

Dios no quiso que tuviésemos nada que no pasase por manos de María.—*San Bernardo.*

Con siderad con cuanto afecto de devoción quiere Dios que honremos a María, puesto que en sus manos puso toda la plenitud de todo bien. De manera que si tenemos algo de gracia, algo de salvación, estemos ciertos de que nos redanda de María.—*San Bernardo.*

No conocemos otro refugio que tú, ¡oh María! Tú eres nuestra única esperanza, en la que confiamos.—*Santo Tomás de Villanueva.*

¡Oh María! tú eres madre del rey, tú madre del juez. Y pues eres madre de uno y otro, no pueda tolerar discordias entre tus hijos.—*San Buenaventura.*

Si ella fué hecha Madre del Señor en favor de los pecadores, ¿cómo podrá la enormidad de mis pecados obligarme a desesperar del perdón?—*San Anselmo.*

María es la medianera más fiel de nuestra salvación.—*S. Buenaventura.*

Por María ha salido de los cielos toda la gracia que ha venido al mundo.—*San Antonino.*

Todos los dones, virtudes y gracias se dispensan por manos de María a quienes ella quiere, cuando quiere y como quiere.—*San Bernardino.*

En vano busca nada quien no quiere hallarlo con María.—*San Buenaventura.*

Gran privilegio es el de María, que es la más poderosa ante Dios.—*San Buenaventura.*

Al imperio de la Virgen todo se somete, aun el mismo Dios.—*San Bernardino.*

¡Oh Señoral tanto te ha exaltado Dios, que te ha concedido el poder todas las cosas con él.—*S. Anselmo.*

Potentísima y piadosísima en la caridad de la Madre de Dios. Abunda en afecto de compasión, y en afecto de socorro; tan rica en lo uno como en lo otro.—*San Bernardo.*

¡Oh María! tu Hijo llena tus peticiones, como quien paga una deuda.—*San Jorge de Nic.*

¡Oh admirable misericordia de Dios con nosotros! para que no huyamos de él, por temor a la sentencia, quiso darnos por abogada a su Madre y Señora de la gracia.—*San Buenaventura.*

Es imposible que no sea oída la Madre de Dios.—*S. Antonino.*

El nombre de María abre las puertas del cielo.—*S. Efrén.*

Invocado el nombre de María, aun cuando nada merezcan los méritos del que la invoca, pero interceden los méritos de la Madre para que sea oído.—*S. Anselmo.*

Así, pues, veremos con toda la fuerza de nuestro corazón a María, porque esta es la voluntad del que quiso que todo lo tuviésemos por medio de María.—*S. Bernardo.*

Por pecador que uno haya sido, si es devoto de María, nunca perecerá.—*S. Hilario.*

Así como es preciso que se pierda todo el que sea rechazado y despreciado por ti, así es imposible que se pierda todo el que recurra a ti y sea mirado por ti.—*S. Anselmo.*

Nada es imposible para ti, a quien es posible dar esperanza de salvación aun a los desesperados.—*S. Pedro Damían.*

¡Qué grande es la paz de los que te aman, dulce madre mía! Su alma escapará de la muerte eterna.—*S. Buenaventura.*

El que tuviere el sello de María, será apuntado en el libro de la vida.—*S. Buenaventura.*

Lo único que te pido es que quieras salvarnos, porque si así es, no podremos dejar de salvarnos.—*Eadmero.*

A vuestras manos han sido confiados los tesoros de la divina misericordia, y vos sola habéis sido escogida para recibir el depósito de una gracia tan maravillosa.—*S. Pedro Damían.*

¡Tened compasión de mis debilidades, Virgen sin mancha! Vos lo podéis todo como Madre de Dios. Por vuestras preces maternales haced violencia a la misericordia de vuestro Hijo, y digales restablecer a vuestro indigno y desventurado siervo en su antigua y primera gloria.—*S. Efrén.*

¡Oh Virgea que vences toda alabanza! todo lo que tu quieres lo puedes ante Dios de quien eres madre.—*San Efrén.*

Este Hijo unigénito no tiene mayor placer que escuchar vuestras preces en favor nuestro.—*S. Efrén.*

Oh Señora, interceded por nosotros ante vuestro Hijo. Porque oh Virgen María, vuestra intercesión no es jamás rechazada por el Señor. El no rehusa nada de cuanto le pedís, porque tan cerca estáis de la simplicísima y adorabilísima Trinidad.—*S. Juan Damasceno.*

Aun cuando yo fuese sumergido en los abismos del infierno, vos vendrías a buscarme y a sacarme para devolverme a vuestro Hijo Jesucristo Nuestro Señor que me compró y me lavó con su sangre divina.—*S. Anselmo.*

Por muy pecador que uno haya sido, si fué devoto de María, no perecerá.—*(San Hilario)*

Muchas veces he visto y oído contar que muchas personas han escapado al punto de grandes peligros,

acordándose del nombre de María.
(San Anselmo).

Miles de miles de hombres claman a ti ¡oh María! y todos se salvan. (San Anselmo).

Más querría estar sin pellejo que sin devoción a María (B. Juan de Avila).

Cierto estoy de mi perseverancia si soy devoto de la Santísima Virgen. (San Juan Berchmans.)

Hijos míos, si queréis perseverar, sed devotos de María. (San Felipe de Nerí.)

Es imposible que un servidor de María se condene, con tal que la sirva fielmente y se recomiende a su materna protección. (San Ligorio).

CASOS Y COSAS

Primo de Rivera el valiente general, preguntado sobre su pensamiento acerca de los asuntos marroquíes ha dicho: «Ahora guerra, más guerra».

—¿Hasta cuando, mi General?, preguntó un periodista:

—Hasta que ellos pidan la paz, contestó el presidente.

Las contemporizaciones con los moros nos han llevado al estado actual. Los moros, a quienes no les tratan con mano dura les tienen por cobardes; los mismos moros afectos, al oír que se iba a buscar a Abd-el Krim en sus madrigueras fruncían el entrecejo dudando que fuese verdad el atrevimiento de los españoles. Pensarían ellos: «Los españoles ser muy amigos del «chau-chau» y del sacrificio de tarneritas».

Los moros afectos, sienten más entusiasmo por España cuando ésta pega de firme, que cuando usa de benignidad. Es el carácter de la raza: sumisa con el fuerte y altiva con el que estima débil.

Es digna de ser conocida y celebrada la heroica histeria de un cabo español, el cual, llegó a quedarse sólo defendiendo una posición y se negó a retirarse a la invitación de un capitán, diciendo que no abandonaría su puesto sin orden escrita del Jefe que le había confiado la defensa de aquel puesto.

Al ver su heroísmo exclamó un teniente moro de las compañías de re-

gulares: «Si yo ser Alto Comisario, nombrar a este cabo teniente».

Discurría muy bien el moro. Napoleón decía que cada uno de sus soldados llevaba en la mochila el bastón de mariscal, con lo cual despertaba en ellos recónditas energías de heroísmo.

Si a ese cabo le recompensa la patria ascendéndolo a oficial y ve premiado su heroísmo, volverá a ser héroe cuantas veces se presente la ocasión, y al mismo tiempo será modelo para otros.

Si no se le premia, se apagará el fuego del entusiasmo por el honor de España... y el teniente moro pensará que no es muy generosa la civilización por la cual están luchando.

El doctor Froberger escribe, alarmado, sobre la enseñanza que dan los bolcheviques en Rusia. Dice el eminente escritor que la generación que salga de las escuelas bolcheviques será terriblemente bárbara, una generación de salvajes.

La juventud salida de las escuelas es ya el terror de las ciudades y campos de Rusia. Son bases fundamentales de la enseñanza bolchevique la impiedad absoluta, el materialismo más cínico, el desprecio de la familia, el odio contra toda autoridad, contra toda religión positiva, el menosprecio de las leyes morales y la más desvergonzada licencia de costumbres.

Han idealizado la figura de Lenin y le presentan en las escuelas, y ante el pueblo, como el comienzo de la época gloriosa de la humanidad.

¡El dominio del bolcheviquismo época gloriosa de la humanidad!

Como no sea la glorificación por el hambre.

—¡Ea, amigo, preguntarán al mujik ruso: está usted glorificado?

—¿Glorificado yo? ¿Será verdad?

—¡Y tan glorificado, como que se ha quedado V. con la piel y los huesos! ¿Le falta a V. mucho para transparentarse?

¡Oh época gloriosa de la humanidad en que los hombres se espiritualizaron hasta quedar como pergaminos que se translucen!

Cuando los salvajillos salidos de las escuelas entren cometiendo desmanes por las poblaciones, gritarán: Nosotros somos la Rusia glorificada. Y para demostrarlo darán a unos cuantos rusos el pasaporte para el otro mundo.

También llamaron «gloriosas» a la revolución española, y antes a la francesa, que hicieron correr la sangre a torrentes y las lágrimas a ríos.

De esas «gloriosas», libranos Señor.

A. Hernán.

TACAÑERÍA

Con quien más tacaño es el nombre es con Dios.

A Dios se le regatea todo; se le regatea el tiempo, se le regatea el amor, se le regatean las oblationes. A Dios se le dedica poco tiempo, se le ama poco, se le da poco.

Ese hombre que vive afanándose en el servicio de todos; que gasta su vida esparciendo su atención en las cosas humanas, sin embargo cuando se trata del Ser a quien más debe, porque le debe desde la vida hasta la última respiración, y del que más puede esperar porque de sus manos pende todo: existencia, bienes temporales y espirituales; es decir, cuando se trata de Dios, va de prisa y corriendo: a marchas forzadas y a regañadientes.

Nuestro corazón busca siempre el fuego del amor; no puede vivir sin amar; como la piedra busca el suelo así el corazón busca el objeto de su amor. ¿Quién más amable que Dios? ¿quién como Él puede llenar el corazón, quién como él ha hecho por ser amado? Y sin embargo ¡nadie es tan poco amado como Él!

Los hombres por complacer sus pasiones o por la amistad o por la familia le dan todo; no les duelen las riquezas que gastan. A nadie sin embargo como a Dios debe, y nadie como Dios es tan acreedor a sus riquezas, nadie como Dios tiene derecho a que se le dé. ¡Ah, y en cambio a nadie como a Él se le regatea el dinero! ¿Es Dios quien pide? Pues se le da poco y de mala gana; se le da tarde y mal.

¡Oh y cuán poco juicio demuestran con esto los hombres!

A. H.

¡Dadnos las pruebas!

En la India oriental donde San Francisco Javier, trabajó con tan admirable éxito en sus misiones, se hallan aun diseminadas pequeñas cristiandades, cuya conversión se remonta al tiempo de las predicaciones de aquel gran apóstol de las Indias. A uno de estos villorrios católicos, situados en la montaña llegó un misionero protestante, el cual reunió la comunidad y le predicó su evangelio. Aquellas gentes, le preguntaron si había sido enviado a ellos por el Papa de Roma, como S. Francisco, a lo que el protestante contestó con una sarta de graseres insultos contra el Papa y la Religión Católica a la cual calificaba de idolatría. Adelantóse entonces el jefe del villorrio y dijo al Pastor: «Dadnos una prueba de ello como la daba S. Francisco y creeremos en lo que nos enseñais.» Quiso saber el protestante de qué pruebas se trataba y ellos le refirieron tres estupendos milagros que en su comunidad había obrado S. Francisco Javier.

El protestante no pudo dar otra prueba que callarse y largarse de saguía.

También nosotros al preguntarnos los protestantes, los mahometanos, y otros predicadores de religiones falsas, hemos de decir como aquel anciano: ¿Dónde están las pruebas? Sabido es, con efecto, que ni Mahoma, ni Lutero ni ningún otro fundador de religiones falsas obraron ningún milagro.

El milagro solamente se da en la Iglesia, porque el milagro es para confirmar la verdad y la verdad sólo está en la Iglesia de Jesucristo.

“Yo quiero ser misionero”

En los últimos años de la vida de Pio X sucedió la siguiente conmovedora escena:

No ha mucho—cuenta un Obispo francés—pasando yo por la plaza de San Pedro, me encontré con un grupo de niños que hablan venido en peregrinación a Roma. Mientras cambiaba algunas palabras con el pre-

sidente observé que uno de los niños hacía visibles esfuerzos por acercarse a mí, pero su inspector procuraba estorbárselo.

—Déjele usted que se acerque, díjele al inspector.

—El niño que vendría a tener unos diez años, se me acercó confiado.

Vamos: ¿qué es lo que quiere?—le pregunté poniendo la mano sobre su rizada cabecita.

En sus ojos noté que sólo al oído quería comunicarme su secreto.

Íncii-éme, pues, hacia él y entonces me dijo:

—¿Es cierto, Monseñor, que usted puede visitar al Padre Santo?

—Así es, hijo mío.

—Ah pues quisiera hacer llegar a a él una súplica; y es que pida a Dios que yo cuando sea mayor, llegue a ser misionero.

Y como aparentase yo no hacer mucho caso de su pueril entusiasmo, él me pidió con insistencia que no dejase de hacer esta súplica en su nombre al Padre Santo.

Al día siguiente conté al Papa lo que me había sucedido. El Padre Santo quedó pensativo por un instante, y después exclamó: «Tengo que ver a ese niño. Traigámelo mañana, después que yo haya celebrado la misa. Infórmele, además, acerca de su familia y su situación.»

Había yo ya previsto esta pregunta del Santo Padre y por eso pude responderle: «Santo Padre, es un huérfano de quien cuida un pariente lejano.

Pues me interesaré por él: replicó el Papa. Decid a mi secretario que me lo recuerde.

A la mañana siguiente me presenté en el Vaticano acompañado del niño. El Papa nos recibió en cuanto acabó de celebrar la misa, y tomando al niño por la mano, le preguntó con afable acento:

—¿Es verdad que tú quieres ser misionero?

—Sí, Padre Santo.

—Pero, querido mío, ¿has considerado bien lo que me encargas pida al Señor para tí, lo que significa ser misionero?

Ser misionero, respondió el niño, quiere decir morir al mundo. Si, quiero ser misionero: estoy resuelto a ello.

—Y ¿estás también dispuesto a morir martirizado, si es preciso?

—Quiero ser misionero, respondió el niño con resolución.

El Padre Santo me dirigió una mirada triste y alegre al mismo tiempo.

—Ven, añadió dirigiéndose al niño, y le condujo a su reclinatorio. Se arrodillaron ambos; y el Vicario de Cristo hizo la señal de la Cruz sobre la cara frente del niño, mientras decía: sea, pues, así y que la bendición de Dios te acompañe ahora y en el porvenir que para tu deseo, a fin de que en la hora del peligro Dios sea contigo y abrevie tus sufrimientos.

Al pronunciar estas palabras el Padre Santo se hallaba visiblemente conmovido, y yo tampoco podía contener las lágrimas. Tan sólo el joven misionero no lloraba.

A nuestros abonados

En casi todos los números nos devuelve el Correo paquetes que por haberseles roto la faja con la dirección no son entregados a sus destinatarios. Con este motivo, rogamos a nuestros abonados que nos lo comuniquen para que se les vuelva a enviar.

UBRA

de

Adolfo Clay Aram

Edición completa

nuevamente ilustrada

Van publicados 9 tomos.

Saldrán unos 12.

Estas obras impresas en tomos de 200 páginas cada uno, en papel Vergé, tamaño 8.º prolongado, con bonitos y elegantes tipos, magníficos grabados y el retrato del autor, se hallan de venta en las principales librerías al precio de 1'75 pesetas el tomo, franco de porte en toda España.

Los pedidos, acompañados de su importe, a la Administración de «LA LECTURA POPULAR» Bellot, 3 Orihuela.

La Lectura Popular

Esta publicación tiene por objeto difundir gratuitamente al pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción... 4 pesetas mensuales

Media id... 2 — — —

Un cuarto id... 1 — — —

Un octavo id... 0 50 — —

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la Península.

Dirigir la correspondencia a D. Diego Castaño administrador de LA LECTURA POPULAR Bellot 3, Orihuela (Alicante) puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de La Semana Católica Calle de Zorrilla, duplicado.

Imp. La Lectura Popular.—ORIHUELA